

## FR. GERUNDIO.

---

*Si quis malus fabulerus dixerit animalia temporis Fr. Gerundii non etiam explicotari sicut animalia temporum Regis Perici, anathema sit.*

---

Si algun mal fabulero dijere que los animales del tiempo de Fr. Gerundio no se esplicotean tambien como los del rey Perico, le condeno á diez años de presidio con retencion.

CONC. 4. GERUND.

---

## LOS DOS LEONES.

---

Era la una dada: la noche estaba despótica y tenebrosa: las luces todas habian muerto como mueren las de un pueblo culto invadido y dominado por otro pueblo bárbaro: no se podia andar sin temor de estrellarse contra una esquina, y

:

aun la libertad del pensamiento, única libertad que puede gozarse en tiempos tenebrosos, la coartaba el cuidado y el temor de romperse la testa contra la reja de algun cuarto bajo, ó de poner sin pretenderlo en fuerte contacto el ángulo saliente de la cara con el ángulo saliente de algun edificio. De poco le hubiera servido al Sr. Lujan en aquella ocasion decir como dijo el otro dia en las Córtes: «yo debo decir la verdad á la faz del mundo:» porque aquella noche el mundo, al menos por aquella parte, no tenia faz. Bien que lo mismo le dió decirselo al Congreso, porque las verdades asi dejan de verse por falta de luz como por cerrar los ojos á ellas, pues no hay peor ciego que el que no quiere ver.

En tal estado de tenebrosidad y á la hora enunciada, pasaba no ha muchas noches mi Paternidad muy reverenda por junto al edificio de nuestro Congreso nacional. «¿Pues de dónde vendria Fr. Gerundio, dirá al llegar aquí mas de un lector, por aquellos sitios y á tales horas?». Verdaderamente no extraño la observacion y la pregunta, por la circunstancia de que colocado el templo de las leyes á un extremo de la poblacion, apenas puede ser ya paso para ningun punto de ella. Por la parte interior sí, porque es la senda ó atajo por donde caminan muchos al pais de los empleos y las elevaciones; pero por su parte exterior no puede ser ya camino mas que ó para el palacio de Villahermosa, ó para el Observatorio

astronómico, ó para la pajarera del supuesto Tío Vivo. No diré á vds. ahora de dónde y de qué venia aquella noche mi Reverencia: quizá otro dia lo diga si me pareciese convenir al mejor servicio nacional: pero júroles desde luego por mi ánima y mi capilla que no andaba en malos pasos: mienta: en malos pasos andaba, porque la falta de luz me hacia tropezar á cada instante; pero juro otra vez por mi escapulario que no eran malos pasos de otra especie.

Yo venia arrimadito á la pared para no estraviarme, y el faltarme ésta porque seguia un vacío, me advirtió que estaba frente y junto al santuario de nuestras leyes. Figúrense vds. cuál me quedaria al oír una comó voz humana que salió de aquel hueco y de entre aquellas columnas: conjelósenme la sangre en el cuerpo en términos, que si hubiese sido posible recoger los carámbanos de sangre que en los canales de mis arterias debieron formarse, podrian los botilleros hacer pasar la sangre de las venas de Fray Gerundio por sorbete de fresa ó por quesitos helados de grosella. Pero volviendo un poco de mi estupefaccion, empecé á decirme: ¿de quién podrá ser esta voz? ¿Quién podrá hablar aqui á estas deshoras? ¿Si será el señor Ramirez Arellano que fastidiado de habérsele por tres veces suspendido la admision en el Congreso como diputado habrá venido á invocar de noche una ley que nunca ha sido escuchada para él de dia? ¿Si

será Galiano que no habrá estado en disposición de ir á casa por algun accidente apoplético? ¿Si será Argüelles que se habrá quedado por la tarde con la palabra en la boca y habrá venido á concluir su discurso para poder dormir tranquilo? ¿Si será Lopez que haya venido á interpelar estas columnas por su eterna inmovilidad? ¿Quién será? ¿O será acaso algun cesante ó esclaustrado que no encontrando ya donde cobijarse á pasar la noche por no tener con que pagar la hospitalidad habrá venido á guardarse aqui donde se hacen las leyes que tan bien parado le tienen á él? ¿O quién sabe si será algun penitente que haya venido á hacer del pórtico de este augusto templo el templo profano de sus pasageras adoraciones á alguna trapajosa Venus, ó á alguna Aspasia remendona?

En esto oí que decia una voz. «¿oiste la consigna?—Sí, respondia otra voz no menos bronca.—¿Y qué orden han dado al centinela?—La de siempre, que cuide de que no tiren piedras á Cervantes, y que no nos rayen á nosotros.—Si; estremos de españoles. Mientras vivió le tuvieron en las cárceles; y ahora que le han levantado ahí esa estátua quieren que la guardia cuide de que no le tiren piedras.—En verdad que por todos estilos me parece una necedad; lo primero, porque si desde cualquiera calle le diera gana á un mal intencionado de arrojar una piedra, de ningún modo podria evitarlo la guardia; y lo se-

gundo que creo que nadie se acordará de aperear esa estatua. Si fuese á alguno de los que aquí vienen todos los días, no juraré yo que no haya quien abrigue intenciones y deseos de hacerlo. Esto nadie lo sabe mejor que nosotros que lo oímos de boca de los mismos que los tienen.»

Desde luego entendí que mis dos dialoguistas hablaban de la consigna diaria que se hace en la guardia que dan los nacionales al Congreso; pero no podía atinar quiénes fuesen los interlocutores. Escuché mas y percibí que decía uno de ellos «¿podremos hablar?» —¿Por qué nó? contestaba el otro: ¿no hizo ese de la estatua hablar á dos perros, á quienes le dió la gana de bautizar con los nombres de Cipion y Berganza, y lejos de reconvénirle nadie por ello, se lo han aplaudido y eso que no tenían tanta necesidad de hablar como nosotros? —No consiste en eso, sino que si nos oye Pidal no nos dejará de serviles, y facciosos, porque dirá que faltamos al decoro del Congreso.—Eso mismo le podremos nosotros decir á él, porque mas directamente le falta quien se dirige al público y lo califica con expresiones y dictados tan poco mesurados y decorosos como lo hizo ayer tarde.... «A este tiempo se oyó rugir el leon del Retiro, y al oirlo dijo uno de ellos: ¿oíste? «¿El es! él es!» —¿Qué ha de ser él? contestó el otro; ¿no has conocido que es nuestro compañero el del Retiro?»

Entonces ya entendí yo que los que hablaban

eran los dos leones que están á la entrada del Congreso; con lo que creció mi admiracion; y en aquel momento todo lo que nos cuentan Esopo, Fedro, Iriarte, La-Fontaine y Romau de Pinos no solo me pareció verosímil, sino que estuve cerca de persuadirme á que los apólogos eran historias verdaderas. «¿Qué te parece (continuaron) de nuestras Córtes? ¿Podremos esperar algo bueno de ellas?» El leon de la izquierda comenzó á desesperarse, sacudió la melena, estendió una garra, abrió las anchas fauces, y dió un rugido tan espantoso, que ya no se me cuajó la sangre, sino que me faltó poco para caer de espaldas. Yo no sé si á Roma le aterrarian tanto los tres leones que le dejó por mucha fineza Hamílcar para desgarrarla, como á mí, pobre Fr. Gerundio, me aterró aquel solo animalote. Yo creo que si el de Neméa hubiera hecho una demostracion semejante cuando se le acercó el hermano Hércules, se hubiera tentado las barbas el mancebo antes de echarle mano; creo mas: que si alguno de los del lago de marras hubiera hecho una insinuacion como aquella, el hermano Danielito le hubiera quitado la gana de andarse entouando cantinelas. Pintan á S. Marcos escribiendo un evangelio con un pie apoyado sobre la melena de un leon, pero no hay peligro de que pinten á Fr. Gerundio (á no mentir escandalosamente) escribiendo una capillada sobre la melena del leon de la izquierda del Congreso

de diputados. Tal fué el terror que infundió á mi Paternidad aquel rugido y aquel esperezo.

Pero quedé luego agradablemente sorprendido al ver que todo aquel aparato, y aquella contorsion, y aquel bostezo, y aquel rugido, vino á resultar una solemne careajada. Concluida la cual, le dijo el leon riente al leon interrogante: «¿y á tí, qué te parece, compañero? ¿Se atreverá el gobierno á disolverlas?» A esto el leon de la derecha estiró una pata, euroscó la cola, llevando el fleco de su punta hasta la guedeja, abrió las mandíbulas, y cuando yo creí que iba á dar otro rugido de enfado y de resentimiento que me tumbára panza arriba, oí otra vez con sorpresa otra risotada no menos solemne que la primera. «Calla, dije entonces; estos parece que se rien el uno de las Córtes y el otro del gobierno:» lo cual no me pareció bien en sus Magestades leoninas. Pero de todos modos, dije para mí, no parecen tan bravos como al principio mostraban serlo.

«¿De qué te reías tú? preguntó en seguida el de la derecha al de la izquierda.—Yo, le contestó, de que ¿quién no conoce lo que *ellas* pueden dar de sí mientras los que tú representas no cedan de su obstinacion ó de sus planes? ¿Y tú de qué te ries?—Yo, de que *él* no se atreve á disolverlas por miedo de caer en los tuyos.—Pero vamos; ¿creés que podrá *él* esperar algo de *ellas*?—Ni yo lo creo, ni lo puede creer *él*.—

¿Pues por qué no las disuelve *él*?—Porque las teme á *ellas*.—¿Y por qué no le apoyan *ellas*?—Porque le temen á *él*.—Y á esto los dos leones se rieron como dos muchachos.—¿Pues no ven *ellos*, continuaron, lo que dice el *Eco*?—Sí; pero también ven lo que dice el *Correo*.—¿Y á quien temen?—A los dos. Porque donde quiera que se inclina creen que les vá á echar la garra un león como nosotros; y si disuelven las Cortes temen que los diputados que vengan hayan de ser todos ó como tú ó como yo, y que este edificio será una Numidia que se los tragará vivos y sin mastigar.—¿No ves con qué miedo pasan por junto á nosotros?—Yo creo que mas te temen á tí que á mí.—Me parece que á los dos nos temen igualmente.—Pues anda, díles cuando pasen que no teman, y que podrá traer mucha cuenta á ellos y al estado disolverlas cuanto antes.—Yo no se lo digo, porque lo mismo sería abrir la boca que pensarse que me los iba á engullir.—Pues yo tampoco, porque se figurarian que me los iba á devorar.—¿Pues á quién buscaremos que se lo diga?—Mira, para eso nadie mejor que Fr. Gerundio. Si le viésemos le daríamos esta comision.»

Entonces yo me animé, y saliendo de detras de la esquina dejé ver mi humanidad reverenda á la escasísima luz de la luna que por entre dos nuharrones de nieve enviaba sus pálidos rayos. Miráronme, y reconociéndome al instante, me instaron á que me aproximase á ellos: yo lo hice



confiado en su nobleza, y en términos explícitos me encomendaron la misión de decir al gobierno: «obra con resolución, y no temas á los leones del Congreso: no te espanten sus ruidos, porque no los dan sino para aterrarte, y para reirse después de tu temor y tu debilidad.» Recibí mi misión, me despidieron con alhagos, ellos se restituyeron á su natural inmovilidad, y yo vine meditando en la estraña aventura, y resuelto á añadir á las palabras de la embajada de los leones estas otras dos esclusivas de Fr. Gerundio: «Hermanos, ya os lo he dicho tiempo há: mas resolución, mas franqueza, y menos contemplación á unas Córtes de quienes vosotros nada tenéis que esperar, y que para todos han dicho ya lo que pueden dar de sí. Y esta es la tercera y última monición.»



## SOLILOQUIO DE TIRABEQUE.



Ce'da gerundiana modestamente amueblada. Tirabeque se mira á un espejo, y en seguida se pasea con mucha gravedad, creyendo encontrarse solo; pero Fr. Gerundio ha entrado por la puer-

tecilla falsa de la alcoba sin ser sentido: alza disimuladamente la cortinilla, y asomando un ojo avizor le observa y le oye pronunciar el siguiente monólogo.

«Digan lo que quieran, soy el hombre del mundo: al lado del amo cómo como un bestia, bebo como un zorro y duermo como un bruto. Yo hago y deshago en la casa; las cuentas nunca me las reparó mucho; le doy de comer á sus horas y nunca falta un ratillo para ir *por ahí*, y una pesetuela de sisa para gastar alegremente con lo primero que se coja á mandamiento. En cuanto á fama nada me queda que apetecer: mi nombre es conocido y honrado por todo el mundo; yo soy el Idonis de todas las criadas y mozas de servicio, y de tal modo las privo que no dejan cazuela ni plato ni vaso á vida en las casas, que todo lo rompen y lo estropean, porque no saben lo que hacen pensando en mí. Y para mayor fortuna mía en vez de exigirles los amos la responsabilidad se contentan con escribir al mio para que lo publique, que ahí está la papelera llena de cartas de eso; y déjala que el amo las publicára para que se viera lo que son ellas y lo que soy yo, y lo que es Tirabeque para ellas y ellas para Tirabeque. Bien que eso lo mismo sucede en la política. Estropean los ministros lo que se les antoja, que todos parece que han sido criadas segun lo desgraciadas que tienen las manos, y en lugar de exigirles la responsabilidad por los platos y fuen-

tes que han roto, se contentan con decirselo á los periodistas; que ya veo yo que todo eso de responsabilidad es como «tú te las tienes Pedro.»

«Pues qué diré de los mozos de café y de los asistentes y lacayos y porteros y mozcabos de tienda, y escribientes, y ayudas de cámara y otros personajes, que á todos les dan en llamar Tirabeques, parézcanse á mí ó no se parezcan, que no hay ya casa, ni tienda, ni colegio, ni meson donde no haya un Tirabeque? (Aquí bajó la cabeza, juntó las manos entre las piernas, hizo un manucezpio, saltó una sonrisa de alegría, y dándose por último una palmadita en el muslo derecho, continuó). ¿Pero qué mas? ¿No ponen mi nombre á los perros como les ponian despues de la guerra de la dependencia *Dupont, Besieres, Boné, Napoleon*, y como hoy dia les llaman tambien *Sultan, Godoy* y otros así? ¿Y no sucede otro tanto con los gatos? ¿Qué gato se presenta en una visita que no se pregunte luego si es el gato de Tirabeque? ¿Qué gato se oye mayar en tejado que no traiga á la memoria el gato de Tirabeque? Luego no hay perro ni gato que no tenga noticia de Tirabeque. Y este Tirabeque soy yo (y se miraba de arriba abajo). ¿Qué sirve la fama del amo para la mía? Ahora, ahora habia de vivir mi difunta madre. (Aquí advertí que se quedó un poco pensativo; y cuando yo creí que estaria rezando algun padre-nuestro por el ánima de su difunta madre, le veo poner el dedo indice

perpendicular en el centro de ambos labios, y que en seguida dice): «No señor; tambien de mi nombre se abusa; y eso no lo puedo permitir yo en conciencia: y se abusa en las Córtes, que es lo peor. Si ven, ejemplo y gracia, que Mayans hace todo lo que le dice Martínez de la Rosa, al instante dicen; «si parece el Tirabeque de Martínez de la Rosa»: porque han visto que D. Juan Carrasco está siempre hablando al oído al Sr. Alaix, cuando está sentado en el banco ministerial y el otro detras de él, al instante han dicho: «¿si querrá Carrasco ser el Tirabeque de Alaix?». No señor, esto ya es murmurar á la sombra de mi nombre, y no lo puedo consentir. Lo mismo que estarme leyendo un diputado en el salon mismo cuando trataban de la ley de ayuntamientos, sin hacer caso de lo que se trataba y se decia. No, no; si no hacen caso, que no le hagan, su alma en su palma; pero que sea por leer otra cosa y no por leer mis capilladas. Lo mismo que dejar las señoritas la labor cuando llega el Fr. Gerundio para ver lo que digo yo. (Aquí hizo otra suspensión, y luego dijo): Por vida del demonio que si fuera yo mejor mozo... (Y poniéndose frente al espejo, decia): esta pata, esta pata...! Pero ¿qué importa la pata? Tambien el diputado Seoane es cojo, y por eso no deja de ser buen diputado; y tambien el senador Solis es cojo, y por eso no deja de ser buen senador: con que tambien yo debo ser buen mozo. Y tambien acaso haria buen

senador y buen diputado: ¿quién sabe todavía lo que puede dar de sí Tirabeque?

Yo me reía no tanto de la lójica de Tirabeque y de su modo de sacar consecuencias, como de su vanidad y entontecimiento; mucho mas cuando le oí proseguir: «si pudiera azepillarme estos carrillos....; porque estos molletes conozco yo que no son finos para vivir en la corte. Vele ahí: lo que al amo le falta á mi me sobra. Si supiera que ayudando afinaba alguna cosilla....! Despues me hacia falta aqui un bigote para poder decir: ¿quién vá?—El patriota Tirabeque.—Y aqui una raya bien hecha en el pelo. Y diciendo y haciendo cogió la aljofaina y un peine, y púsose á hacerse la raya. Primero empezó á echarse el pelo de derecha á izquierda; despues dijo: «no señor, me parece que he oído decir que se peina como se escribe, de izquierda á derecha.» Hacíalo así; pero como el pelo no estaba domado, no podia ni sujetarlo ni sacar la línea recta: y dando una patada de rabia, exclamó: «¡por vida de Cristo! yo no sé cómo se componen ese Olózaga y ese Isturiz, que siempre traen el pelo que dá gusto verlos; pues señor, sea como quiera, por hoy pase; otro día saldrá mejor: ahora voy á ver qué tal me está la ropa del amo, y si me está bien, con lo que le vaya sisando me hago un vestido nuevo, y despues pongo un periódico aparte; sí señor; yo debo escribir ya solo, solo: ya sé mas de lo que necesito para escribir por mí y ante mí.»

Venia muy ancho á la alcoba , y al abrir la hoja-vidriera me écho sobre él de repente y dán-  
 dole una fuerte voz: «hé, bribon!, le dije: ¿pien-  
 sas que no he visto y oido todo lo que has di-  
 cho y hecho?—Señor.....—¡Ola! Ahora me llamas  
 señor despues que te crees mas que tu amo, hé?  
 — Señor, Dios nos libre á todos de una tenta-  
 cion.—Dios nos libre, sí. ¿Pero tu te arrepientes  
 de haber abrigado en tu corazon esas tentacio-  
 nes de necia presuncion, y esas miras avanzadas  
 de sobreponerte á mi mismo , y de cotejarte con  
 los grandes personajes con quienes te has com-  
 parado?—Si señor ; y le prometo á vd. que nunca  
 pretenderé salir de la esfera de simple lego.—  
 Vaya, pues en ese caso no te impongo mas pena  
 que la de publicar las tonterías que has hecho.

